

DOÑA JUANA MORELLA.

Aunque no con la extension que seria de desear, tenemos mas datos biográficos de esta célebre literata que de la anterior. Nacida en Barcelona, el año 1594, tuvo bien pronto que abandonar su patria para seguir á su padre, que á consecuencia de un homicidio que se le atribuyó, pasó á Francia, estableciéndose en Lyon. Dedicada la tierna niña al estudio, hizo tan rápidos progresos, que apenas contaba doce años de edad, cuando defendió *conclusiones* de Filosofia, que dedicó á la Reina Doña Mariana de Austria. Diez y siete años tenia y ya sostuvo públicas discusiones en el colegio de los jesuitas, admirando á estos religiosos, tan doctos en lenguas sabias, con los vastos conocimientos que poseia en catorce idiomas. La actividad de su poderosa inteligencia, extendiase ademas á la Filosofia, Teología, Jurisprudencia y Música; y vivió siendo la admiracion de sus contemporáneos, que acudian á escucharla de diversos paises, hasta que cansada de su misma gloria, que no satisfacía la aspiracion á lo infinito que sostiene al genio en su peregrinacion sobre la tierra, tomó el velo de religiosa en el convento de dominicas de Santa Práxedes de Aviñon, donde murió.

CELEBRIDADES VARIAS DEL SIGLO XVII.

JUANA INÉS DE LA CRUZ.

En el año de 1614 nació en Méjico esta célebre española, á la que con razon califica un escritor contemporáneo, como una de las mugeres que han honrado verdaderamente el Parnaso español. Educada por un sabio y virtuoso sacerdote, hermano de su madre, á los diez y seis años de edad no solo habia estudiado la lengua latina, la retórica, y la filosofia, sino que le eran familiares las obras de los mejores poetas de la antigüedad y de su época, sosteniendo en algunos de ellos ventajosa competencia las poesias de la inspirada mejicana. De carácter tan dulce y amable, como de agudo ingenio, sólida instruccion y perfecta hermosura, brillaba en la capital de aquel antiguo imperio, con merecido renombre, y los mas apuestos galanes de la ciudad disputábanse la suerte de unir su destino con el de Doña Juana. Uno entre ellos logró ver correspondida su pasion, con toda la ternura y elevacion de sentimiento, que solo conciben las grandes almas; pero, como si la Providencia llamase á la hermosa literata por distinto camino, en el momento en que una feliz union iba á colmar las aspiraciones de ambos amantes, improvisada muerte cortó la vida del apuesto caballero.

Privada del único ser á quien podia amar, buscó alivio á su profunda pena en el estudio de las ciencias, sobresaliendo bien pronto en

de cuanto pudiese recordar su grave delito; pero toda la ejemplaridad de su vida no fué suficiente para evitar, que su nombre y su recuerdo pasasen á la posteridad como elocuente aviso á los espíritus débiles, que les prevenga contra el pérfido engaño de osados embaucadores.

CATALINA DE BRAGANZA Ó DE PORTUGAL.

Hija de Juan IV y de Leonor de Guzman, nació Doña Catalina en 1638, siendo su padre todavía Duque de Braganza, y aun cuando mediaron algunos tratos para su enlace con el Rey de Francia Luis XIV, no llegaron á formalizarse, ciñendo mas tarde nuestra célebre portuguesa la corona de Inglaterra, por su matrimonio con Carlos II en 1661. Dotada de grandes talentos y virtudes, no pudo conseguir, á pesar de ello, fijar el corazón de su real esposo, que al solicitar aquella union, habia buscado únicamente el rico dote de la desposada, y lo que en un principio fué solo indiferencia, trocóse bien pronto para Doña Catalina en abierta contrariedad y enconada persecucion. Llegó á tanto el incalificable proceder del monarca inglés, que para perderla completamente, y poder de este modo tener pretexto para separarse de ella apoderándose del dote, hizo que en 1678 bajo la venda fé de indignos testigos se la acusara de complicidad en las maquinaciones que, se dice, urdian los católicos en Inglaterra por aquel tiempo en contra del gobierno del Rey; y mas dócil la cámara de los comunes, de lo que á su dignidad é independencia convenia, no tuvo reparo en dar fuerza á tan injusta acusacion, enviando para ello un mensaje al monarca.

Con esto se creyó segura la pérdida de la Reina; pero la cámara de los pares, dando notable ejemplo de firmeza y justicia, convencida

de la inocencia de la acusada, rechazó enérgicamente tan indigna impostura.

Muerto Carlos II, retiróse Doña Catalina á Portugal, sin embargo de las altas consideraciones que la dispensaba Jacobo II; y como el monarca lusitano estuviese completamente inutilizado para el difícil cargo de la gobernacion de sus estados, á consecuencia de una terrible melancolia que le devoraba, tratóse de nombrar regente, y la fama de las virtudes y relevantes dotes de la infanta portuguesa, decidieron en su favor la eleccion.

Apenas recogió con mano fuerte las abandonadas riendas del Estado, Portugal empezó á prosperar, consiguiendo victorias el ejército, convenientemente atendido y dispuesto, y desarrollándose las artes y la industria, por las prudentes y acertadas disposiciones de la Regente.

Verdadero dia de duelo fué para Portugal, el en que hizo la renuncia irrevocable de este difícil puesto, acaso con demasiada ligereza, por desavenencias ocurridas en el Consejo con su primo el Príncipe del Brasil; y todavía se repite con verdaderas alabanzas en el vecino reino el nombre de Catalina de Braganza, cómo repetirán siempre los de sus bienhechores los pueblos agradecidos.

Murió esta célebre portuguesa á los sesenta y ocho años de edad, dejando al Rey su hermano cuantiosos recursos en las arcas del tesoro, producto de sus acertadas medidas, para atender al engrandecimiento de su país.

LA DUQUESA DE BEJAR, D.^a TERESA SARMIENTO.

A mediados del siglo xvii vivia en Madrid esta célebre dama, honra de la aristocracia española, que comprendiendo toda la gran-

el de las matemáticas y la historia; pero no consiguiendo el deseado consuelo, pensó en retirarse á la soledad del claustro, para dedicarse exclusivamente á la oracion. El tierno amor que profesaba á sus padres, hizo que dilatase la realizacion de este deseo hasta despues de la muerte de los autores de sus dias, á quienes no queria abandonar; pero habiendo quedado huérfana en 1668, distribuyó la mayor parte de sus bienes entre los pobres, y dedicando el resto para su dote, tomó el velo de las esposas del Señor en un monasterio del orden de San Gerónimo donde terminó sus dias, completamente entregada á religiosas prácticas, y alguna vez al cultivo de las letras. Sin embargo de su estremada modestia, y de su constante deseo de vivir completamente oscurecida, era tal su fama «que todos los vireyes que iban á Méjico, querian conocerla, la consultaban muchas veces sobre asuntos graves, y á pesar de su apego á la soledad se veia algunas veces precisada á presentarse en el locutorio para recibir las visitas del virey, del arzobispo y de los principales personajes de la ciudad. Por dos veces el voto unánime de las monjas sus compañeras la nombraron abadesa, y dos veces con su humildad rehusó admitir este cargo ¹.»

La célebre monja de Méjico cultivó con buen éxito todos los géneros de poesia heroica, y sobresalió particularmente en los *sonetos* y *sestillas*. Sus composiciones están divididas en sagradas y profanas, y es de notar que entre las últimas no se halla una sola que sea amorosa: en todas sin embargo se encuentra espontaneidad, energía mucha sensibilidad y gracia; en todas se revela el verdadero estro poético y una sólida instruccion ². ¡Ojalá siempre se hubiera abandonado á las aspiraciones de su propio génio, y no hubiera pretendido seguir la alambicada forma gongorina, *que desgraciadamente imitó muy bien!* Pero este defecto, mas que de Juana de la Cruz, era de la época, pues los mejores y mas claros ingenios de la corte no pudieron librarse de la perniciosa influencia.

¹ Diccionario historico.

² Diaz Canseco.

En 22 de Enero de 1695 terminó su vida aquella célebre española, habiéndola auxiliado en sus últimos momentos el mismo Arzobispo de Méjico, y asistiendo á su funeral el virey con toda su córte, y crecido número de habitantes de la capital y hasta de poblaciones distantes del antiguo imperio megicano que acudieron á pagar el último tributo de su admiracion á la inspirada poetisa.

Publicáronse sus obras en Madrid en 1670 formando un abultado volumen con el título de *Poesias de la madre Juana Inés de la Cruz*, y posteriormente se han hecho otras varias ediciones, mereciendo siempre la reputada escritora, elogios unánimes de propios y estraños.

CATALINA DE JESUS.

Celebridad, aunque poco envidiable, alcanzó tambien á principios del siglo xvii, otra muger española, con cuyo nombre encabezamos estas líneas. Extendiase por aquel tiempo en algunas poblaciones de Andalucía, haciendo cada vez nuevos prosélitos, una especie de secta, que tomaba el nombre de los *alumbrados* ó *iluminados*, porque pretendian sus adeptos que el Espiritu Santo les iluminaba en todas sus acciones. Con religiosas prácticas daban cada dia mayor aspecto de virtuosa y mística asociacion, á lo que solo era fecundo manantial de pecados, y al frente de ella, edificando á los incautos, y ofendiendo á la verdadera religion, hallábase la beata Catalina de Jesús, y un clérigo natural de Tenerife, llamado Juan de Villalpando.

Descubierto el engaño, la célebre beata encontró medio de librarse de las hogueras del *Santo* Oficio abjurando de sus errores, y procuró enmendarlos viviendo con el mayor recogimiento, y separada

de cuanto pudiese recordar su grave delito; pero toda la ejemplaridad de su vida no fué suficiente para evitar, que su nombre y su recuerdo pasasen á la posteridad como elocuente aviso á los espíritus débiles, que les prevenga contra el pérfido engaño de osados embaucadores.

CATALINA DE BRAGANZA Ó DE PORTUGAL.

Hija de Juan IV y de Leonor de Guzman, nació Doña Catalina en 1638, siendo su padre todavía Duque de Braganza, y aun cuando mediaron algunos tratos para su enlace con el Rey de Francia Luis XIV, no llegaron á formalizarse, ciñendo mas tarde nuestra célebre portuguesa la corona de Inglaterra, por su matrimonio con Carlos II en 1661. Dotada de grandes talentos y virtudes, no pudo conseguir, á pesar de ello, fijar el corazón de su real esposo, que al solicitar aquella union, habia buscado únicamente el rico dote de la desposada, y lo que en un principio fué solo indiferencia, trocóse bien pronto para Doña Catalina en abierta contrariedad y enconada persecucion. Llegó á tanto el incalificable proceder del monarca inglés, que para perderla completamente, y poder de este modo tener pretexto para separarse de ella apoderándose del dote, hizo que en 1678 bajo la venda fé de indignos testigos se la acusara de complicidad en las maquinaciones que, se dice, urdian los católicos en Inglaterra por aquel tiempo en contra del gobierno del Rey; y mas dócil la cámara de los comunes, de lo que á su dignidad é independencia convenia, no tuvo reparo en dar fuerza á tan injusta acusacion, enviando para ello un mensaje al monarca.

Con esto se creyó segura la pérdida de la Reina; pero la cámara de los pares, dando notable ejemplo de firmeza y justicia, convencida

de la inocencia de la acusada, rechazó enérgicamente tan indigna impostura.

Muerto Carlos II, retiróse Doña Catalina á Portugal, sin embargo de las altas consideraciones que la dispensaba Jacobo II; y como el monarca lusitano estuviese completamente inutilizado para el difícil cargo de la gobernacion de sus estados, á consecuencia de una terrible melancolia que le devoraba, tratóse de nombrar regente, y la fama de las virtudes y relevantes dotes de la infanta portuguesa, decidieron en su favor la eleccion.

Apenas recogió con mano fuerte las abandonadas riendas del Estado, Portugal empezó á prosperar, consiguiendo victorias el ejército, convenientemente atendido y dispuesto, y desarrollándose las artes y la industria, por las prudentes y acertadas disposiciones de la Regente.

Verdadero dia de duelo fué para Portugal, el en que hizo la renuncia irrevocable de este difícil puesto, acaso con demasiada ligereza, por desavenencias ocurridas en el Consejo con su primo el Príncipe del Brasil; y todavía se repite con verdaderas alabanzas en el vecino reino el nombre de Catalina de Braganza, cómo repetirán siempre los de sus bienhechores los pueblos agradecidos.

Murió esta célebre portuguesa á los sesenta y ocho años de edad, dejando al Rey su hermano cuantiosos recursos en las arcas del tesoro, producto de sus acertadas medidas, para atender al engrandecimiento de su país.

LA DUQUESA DE BEJAR, D.^a TERESA SARMIENTO.

A mediados del siglo xvii vivia en Madrid esta célebre dama, honra de la aristocracia española, que comprendiendo toda la gran-